



Vol. 9, No. 2, Winter 2012, 341-371
www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Crisis económica y el economista futurólogo. Una revisión desde la Crítica de la Economía Política

José Ramón García Menéndez
Universidad de Santiago de Compostela

Introducción

1. El término “crisis”: mitología y equívocos

Escribía Jean-Paul Sartre que “...cada vocablo tiene consigo un significado profundo que le da la época entera en cuanto habla el ideólogo, dice más y otra cosa de las que quiere decir, la época le roba el pensamiento; da vueltas sin parar y al final la idea expresada es una desviación profunda: se ha dejado coger por la mistificación de las palabras”.¹ Una de esas palabras, sin duda, de variable contenido según el contexto social y la concepción ideológico- política de quién la utiliza, es *crisis*. Sin embargo, tenemos que limitar y aclarar el “cómo nos

¹ J.P. Sartre, *Crítica de la razón dialéctica* (Losada: Buenos Aires, 1963), tomo 1, 103. Obsérvese la pirueta de traducción argentina en “coger”. ¿Será solamente una crudeza casual? Este sentido fue utilizado para glosar algunos slogans de época en América Latina, identificando al país con el pecado totalizador: por ejemplo, “Seguridad para el Desarrollo de Uruguay” o “Brasil: ámelo o déjelo”.

expresamos” en función del objeto del trabajo, cuya amplitud rebasa estas páginas y la perspectiva que se tiene del problema.

Por tanto, suponemos una situación de crisis de índole compleja. Crisis, en resumen y tal como la definió el sociólogo brasileño Costa Pinto, como aquella situación en que la estructura social, en su específico desarrollo histórico, tiene ante sí problemas de tal naturaleza que no se puede resolver sin transformarse básicamente para adecuar su estructura con los procesos que están en contradicción. Pero “las contradicciones y asimetrías (...) se tornan más agudas y profundas cuando interviene en el proceso una acción consciente y deliberada tendente a acelerar el ritmo de transformación del régimen económico”².

Las vías de progreso sobre la crisis se centran, siguiendo y ampliando el razonamiento de Costa Pinto, en una *solución* o desaparición de las contradicciones que originan y alimentan la crisis, y en una *salida*, que haría referencia a la superación de las mismas, pasando a otro nivel dialéctico superior. Sin embargo,

...esta caracterización de la situación de crisis supone aceptar que no existen soluciones o cursos de acción necesarios y predeterminados, que existen momentos decisivos en los que se eligen cursos de acción entre alternativas posibles, en que se miden las fuerzas en conflicto, y se lleva al campo de la acción directa, la acumulación de conocimientos, valores, ideologías y racionalizaciones. Sin duda, la raíces de las situaciones de crisis están en los procesos sociales más o menos rutinarios anteriores, pero es casi imposible que los actores y protagonistas perciban el proceso de gestación de la crisis y del cambio; menos aún pueden prever la forma en que la crisis va a irrumpir o predecir con certeza el resultado de crisis específicas.³

Cada situación tiene componentes nuevos, coyunturales, como escribe el propio Jelin, de una manera aislada pero de difícil explicación combinadamente. *La crisis es la quiebra y la obstrucción de lo cotidiano, del proceso normal, rutinario, esperado y predecible*, tanto a nivel de masa y sus organizaciones, como a nivel individual de recurrencia y habitualidad.

Siguiendo el texto de Jelin, se nota una clara influencia de la corriente sociológica-fenomenológica y las teorías del cambio gradual—

² L.A. Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología* (Buenos Aires: Ed. EUDEBA, 1963), 175.

³ E. Jelin, *La protesta obrera* (Buenos Aires: Ed. Nueva Visión, 1974). El esquema del autor es criticable desde la no concordancia entre un cambio gradual, aconflictivo, donde las contradicciones se suponen en un nivel meramente accidental o, en todo caso, organizativo.

que tanto deben, por otra parte, a los análisis tipo Rostow—, pues se concluye con la necesidad de restituir un nuevo “conjunto de acciones habituales y su trasfondo de consenso social (que) constituyen el mínimo necesario para dar sentido, regularidad y previsibilidad a la vida social”. No podemos, sin embargo, sorprendernos ante la conclusión que se esboza de las anteriores ideas—la crisis es algo nuevo, excepcional—, porque las crisis no son nuevas ni excepcionales, son diferentes y específicas, pero sin olvidar el núcleo transformador de todas ellas, como señaló Costa Pinto, y que suponen conocidos presupuestos básicos de percepción de la realidad.

Otro aspecto importante en la crítica situación actual viene dado por la desinformación que enlaza, por una parte, con el diluido término de crisis al que nos referimos anteriormente, y por otra, con un cierto halo mítico. J. P. Sartre se refiere a la *mixtificación* de un concepto como la síntesis equívoca. También, complementariamente, se puede hablar de la *mitificación* como la información parcial—y, por tanto, insuficiente—difundida por grupos distintos del cuerpo social con una ideología determinada por el grupo dominante. El esquema mito-ideología-alienación, que se resuelve en una contradicción producción-distribución (modelo de acumulación, modelo de crecimiento...) y la contradicción inmediata objetivos—resultados (modelo político vigente, política económica propuesta y/o practicada...), solamente tiene sentido si el problema está visto desde una óptica global. Queremos decir que todos los temas que se toquen en el trabajo, tanto de medidas de política económica, de objetivos propuestos, los distintos comportamientos y actitudes (y, por supuesto, los distintos intereses de clase), etc., no son alienantes en sí mismos sino frente, en su uso, a la sociedad.

Y no se puede separar el problema económico, como realidad objetiva, con la información que del mismo se da y la aceptación, consciente o no, del cuerpo social dominado ante dicho problema. Este triple perfil, entrelazado, da lugar a la mitificación del problema que se trata de estudiar para, posteriormente, resolver. La subida de crudos de 1973 es una muestra de lo que queremos decir. Otra muestra, si cabe tan significativa, lo da el problema del paro. Según la circunstancia, el pensamiento, el interés teórico o político... el paro se califica como lacra social de importante magnitud, mal menor de la alternativa entre diversos problemas o el nostálgico “ya no trabajan si no están en cintura”.

Como escribe J. K. Galbraith, en un volumen colectivo, ameno y, en cierta forma, desmitificador, que

... aquí la teoría económica aceptada (tanto el marginalismo y los neoclásicos) no sólo sirve para desviar la atención del público de la acción requerida (el reemplazo de la soberanía del productor por la del Estado en el proceso de determinación de los precios), sino que, por cierto, también a los economistas responsables de la política económica (...) y no es sorprendente que, mes tras mes, sean totalmente denotados por una realidad que refleja la soberanía del productor (y no la del consumidor).

Y sobre inútiles inmoluciones, el prestigioso economista norteamericano escribe que

... en una época en que a menudo se piensa que los funcionarios públicos son renuentes al sacrificio personal para cumplir con los principios, es gratificante en cierto modo, descubrir que los economistas todavía están dispuestos a sacrificar su reputación personal en el altar de la doctrina establecida. Es lamentable que no lo hagan por una causa más justa.⁴

La sensación de que es más importante confirmar la teoría por muy falsa que sea, que resolver los problemas con pragmatismo, tiene una base muy clara en la concepción aséptica y neutral de la ciencia económica. Esta, como ciencia social, y por ello en mayor grado, tiene un fuerte componente ideológico que ignorar para los que suponen al economista como un matemático que reduce su modelo a una serie de ecuaciones con incógnitas a resolver. Aunque se empleen mecanismos formalmente correctos, la explicación está viciada de antemano porque los supuestos de partida son casos límite (la competencia perfecta, por ejemplo, además de supuesto de partida es una conclusión del corolario, lo cual hace pensar en la validez del aserto tradicional de lo que se define no puede entrar en la definición) y no contienen la mayor información posible que requiere cualquier análisis social, es decir, se trata de una información mitificada en el sentido que le dimos al principio. “De entre la multitud de ideas y sentimientos que forman una ideología, los relacionados con la vida económica desempeñan un gran papel, y la misma economía siempre ha sido”, escribe Joan Robinson, “en parte, vehículo de la ideología dominante en cada época y, en parte, método de investigación científica”.⁵ Ideología en la ciencia económica, desmintiendo la supuesta asepsia y neutralidad, porque “todo trabajo científico está

⁴ *Crítica a la ciencia económica* (Periferia: Buenos Aires, 1972), 56.

⁵ J. Robinson, *Filosofía económica* (Gredos, Madrid, 1966), 7-8.

siempre al servicio de algún proyecto político, que si no es el de transformar la sociedad, es, de un modo u otro, el de mantener el orden social imperante".⁶

Hace cuarenta años, escribía Dobb que

...muchos economistas, lamentando el desdoro tan vulgar del partidismo, han tratado de salvar la economía política haciéndola más científica, exigiendo exclusivamente un interés en la economía como un técnica matemática. Por este camino podrán, sin duda, llevar su ciencia hacia una pureza de claustro, pero lo harían evadiendo, más que resolviendo, las cuestiones que eran la razón de ser de la economía política, por lo menos en su forma clásica. Además, aquellos que más se jactan de su formalismo son los que, de hecho, presentan más frecuentemente, como corolarios de sus teoremas, los juicios más dogmáticos sobre los negocios prácticos..., la economía política nació como apologética de un cierto orden social y hoy continúa siendo una apologética.⁷

Al respecto, el curso 125 de ciencias sociales de la Universidad de Harvard elaboró un documento de profesores y alumnos en que se reconoce el enfoque marginalista como útil en la administración básica del capitalismo pero que ¡niega la existencia del imperialismo!:

⁶ M. Teubal, *Crítica a la ciencia económica*, op. cit., 17-18.

⁷ M. Dobb, *Introducción a la economía* (F.C.E.: México, 1970, 1ª ed. 1938, en inglés), 71. Diversas e interesantes lecturas sobre estos temas en: J. Robinson, *Filosofía Económica*, op. cit. donde desmitifica las principales doctrinas económicas, con la amenidad y personalidad de la autora bajo la bóveda contestaria de la académica Cambridge.

Ver, también, P. Sraffa, *Producción de mercancías por medio de mercancías* (Oikos-Tau: Madrid, 1966). Obra en la que se cuestiona la validez formal, matemática, de la economía neoclásica. Descubre la incongruencia teórica de que no puede operarse con el *capital* que figura en las ecuaciones marginales si no se conoce su valor, conocimiento dependiente de la distribución y los precios que se resuelven en dichas ecuaciones adicionales.

Varios, *Crítica a la ciencia económica*, op. cit., con interesantes trabajos de Sweezy (crítica de los fundamentos ideológicos de la economía tradicional), de O'Connor (sobre los inaceptables criterios tradicionales en cuanto a la acción estatal), el ya citado Galbraith en su normal, y menos totalizador, programa de la Nueva Sociedad industrial.

Sobre ideología y ciencia económica, una selección demasiado breve pero básica, en: J.A. Schumpeter, *Historia del análisis económico* (Barcelona: Ariel, 1971), 70-84. J. Robinson, op. cit. También la recopilación de sus artículos publicados originalmente bajo el título de *Collected Economic Papers*, I, II, III y IV, traducidos en Ed. Martínez Roca, Barcelona, bajo los títulos de *Economía de mercado versus economía planificada*, *Teoría del desarrollo*, *Aspectos críticos*, *Teoría económica y economía política*, y *Relevancia de la teoría económica*, en 1973, los dos primeros y en 1975 y 1976, los dos últimos. R.L. Meek, *Economía e ideología y otros ensayos* (Barcelona: Ariel, 1972). M. Dobb, *Teoría del valor y de la distribución desde Adam Smith*, subtítulo expresivamente como 'Ideología y teoría económica' (Buenos Aires: Siglo XXI, 1975), especialmente 13-51.

Todo lo que los curriculums nos dicen respecto a la guerra de Vietnam es cómo se la puede financiar de modo más eficaz (...). Se enseña que el racismo tiene su origen en las preferencias personales, y la pobreza de los negros y de los otros sectores se explica en función de su baja productividad. La destrucción del medio entra en el curriculum sólo como algo tangencial, cuando se señala la existencia de “factores externos” como limitadores de la teoría. El sometimiento de la mujer, la falta de sentido de las actividades laborales y la enajenación de los trabajadores son temas que no se consideran en absoluto. Las alternativas socialistas y el proceso revolucionario se examinan únicamente en función del sistema de valores de un medio capitalista. Sostenemos que estos temas, su existencia histórica, sus causas, su dinámica y sus consecuencias deben ser prioritarios en un nuevo curriculum de la economía. El mismo reflejaría la motivación del capitalismo norteamericano moderno; el conflicto y el poder. La atención debería centrarse en las instituciones económicas básicas del capitalismo y en las divisiones de clase que esas mismas instituciones fomentan. (*Crítica a la ciencia económica*, op. cit., 135-6)

De las anteriores reflexiones amparadas por la opinión tan prestigiosa de algunos economistas, se desprenden una serie de líneas que enmarcan la postura de los especialistas de la política económica, en su mayor parte, y de los estudiosos de la ciencia económica, en general. Tales líneas vendrían dadas por dos hechos patentes en la relación entre el problema de la crisis, su percepción y las respuestas ante la misma, y que expondremos a continuación.

2. La “magia de los ciclos” y el fatalismo de lo inevitable

De una forma bastante amplia nos encontramos con un agudo sentimiento frustrante de fatalismo estoicista ante el fracaso de actuación frente a la crisis de “la manera que siempre se había actuado”. Sentimiento que proviene, en gran parte, de una visión cíclica de la economía que corrige los problemas cuasi automáticamente, apretando simplemente los botones al caso—unas veces el de la ley de Say, otras el de expansión/comprensión de la demanda efectiva—en feliz metáfora de Joan Robinson. Es la magia de los ciclos, como escriben J. Arango y A. Espina,⁸ idea a la que llegan, instintivamente, la mayoría de los economistas cuando piensan sobre la crisis, fenómeno natural, en lo que cabe, entre una fase de prosperidad y otra de depresión.

En economía, la aparición del estudio de los ciclos estaba

⁸ J. Arango y J. Espina, “La venganza de Malthus”, *Revista de Occidente*, nº 1, 1980, 45.

relacionado con la predicción a partir de la medición y evolución de las principales magnitudes, tanto reales como monetarias, y su posible continuidad tendencial. Generalmente, se supone que Quesnay marca el paso de una economía de conjeturas a una economía de principios. Otros autores, por ejemplo Guillermo García Pérez, citan “El amigo de los hombres” de Mirabeau, como el primer planteamiento serio de la teoría de las crisis económicas. Pero la base de una concepción cíclica de los hechos económicos se inicia ante el descubrimiento de ciertas regularidades ondulatorias. A parte de estudios más complejos se llegan a las más acabadas obras sobre el tema de Kalecki y Schumpeter⁹.

En realidad, y antes apuntamos, la magia de los ciclos está en función por la capacidad predictiva que tienen superficialmente. Schöf distingue dos etapas en el estudio de la predicción: 1) considera a la ciencia como un pronóstico y 2) el pronóstico es una ciencia, concluyendo que, como es imprescindible pronosticar, hagámoslo científicamente. Estos temas sugieren varias dificultades en las que no entraremos ahora. Sin embargo, y haciendo una excepción importante, no podemos estar de acuerdo con la identificación que hacen algunos autores, de predicción con planificación. Posteriormente, citaremos a Tinbergen sobre la diferenciación tan clara de planificación no sólo instrumento de política económica sino una forma característica de cálculo que implica factores sociales e institucionales especiales.

La idea de “crisis inevitable” es producto de una inercia teórica que trata de resolver los problemas con medidas tradicionales de los “policy-makers”, desde los años 30, mediante el manejo de políticas centradas en la demanda. El choque teoría-propuesta de medidas con la realidad-percepción de la misma hace surgir una actitud comprensiblemente fatalista ante la magia cíclica y las oscuridades prospectivas, con el pobre resultado actual de la política económica, temas que trataremos de exponer seguidamente.

3. Crisis, economía y cambio social.

1. Enlazando con las preocupaciones expresadas anteriormente, se detiene J. Cueto Alas en la existencia de “una noción aún más equívoca, compleja y saturada de sentidos diversos—adversos incluso—que la de

⁹ M. Kalecki, *Estudios sobre la teoría de los ciclos económicos*, (Barcelona: Ariel, 1970).

cultura y es la de *crisis*".¹⁰ Por otra parte, se trata de resaltar la relación entre crisis y cambio social en el supuesto de "crisis actual como de transición entre dos épocas". No es ya un fenómeno aislado sino que adjetiviza toda una globalidad, dejando en entredicho las bases teóricas e instrumentales, no sólo de la economía sino de toda la sociedad. Es la universalidad de lo singular, como diría Deleuze, que concluye en transformar en etéreo lo que está más necesitado de rigor. Este proceso se simplifica en dos partes: primero, se convierte en mito la posible laguna teórica; después, se construyen sofisticados rituales de explicación que tampoco dejan de ser mitos. Al final del proceso, ese escalón insuperable entre la deidad ineludible e inexplicable (crisis) y los nuevos sacerdotes-economistas-futurólogos, exegetas científicos de un oráculo mudo.

2. En este sentido, desde una columna periodística un tanto deshinchada, escribía Norberto Alcover¹¹ que "la economía, hasta hace muy poco, quedaba fuera del campo cultural". Era la discriminación de lo "culto" frente al pragmatismo. Sin embargo, la cultura como bagaje creativo social es el resultado (y reflejo) de la estructura económica con unas específicas relaciones en la esfera jurídica-política y en la ideológica.

3. "Se ha escrito tanto sobre la crisis económica actual que apenas hay justificación para volver sobre un tema en el que todo parece dicho: lo que pertenece al campo de los hechos y lo que corresponde al mundo de la incertidumbre y la conjetura", escribe L.A. Rojo. Sin embargo, no parece todo dicho cuando, según una encuesta realizada en Estados Unidos a primeros de 1980, la mitad del electorado y un tercio de sus representantes del congreso continuaban negando la realidad de la crisis energética.¹²

4. Tampoco, reiterando ideas anteriormente apuntadas, no puede ocultarse la inercia del economista, en cuanto teórico, ante la crisis. Abundantes referencias existen en torno al tema. El término "stagflation" es un ejemplo de la medida de la ignorancia que queremos resaltar. Por otra parte, se hace evidente un fatalismo resultante del fracaso de aplicar actualmente las políticas tradicionales, en unas circunstancias totalmente diferentes a las que se enfrentaron los *policymakers* desde los años

¹⁰ J. Cueto Alas, "Cultura de la crisis", *Revista de Occidente*, nº 1, abril-junio 1980, 75.

¹¹ N. Alcover, "La economía como cultura", *La Voz de Asturias*, 3-8-1980.

¹² L.A. Rojo, "La magnitud de la crisis", *Revista de Occidente*, nº 1, cit., 8.

treinta.¹³ Fatalismo que se une a la propia desconfianza del especialista en ofrecer soluciones radicalmente alternativas que propongan medidas, instrumentos, instituciones...de recambio para una situación que ha dejado atrás—y para un largo plazo—las “expectativas sociales crecientes”. Ahora es preciso afinar mucho en los nuevos límites de la acción del capitalismo de Estado y la inestabilidad internacional de relaciones económicas que promovieron, junto a otros factores, el crecimiento económico de postguerra.¹⁴

5. Ante la crisis y el cambio, los dirigentes políticos (y no tan moderados como se podría pensar) ofrecen la reforma, pero 'reforma' como elemento de salida coyuntural bajo el aura del tradicionalismo ideológico. Es decir, cambio condicionado a la conservación de la base sobre la que se sustenta la legitimación política.¹⁵ Pero quiérase o no, una dinámica de cambio implica, por su naturaleza, tensiones y problemas derivados de la lucha de clases. Y no es un mero teoricismo estructuralista: es la simple lógica que niega una evolución de la realidad socioeconómica ante los necesarios reajustes sin registrar, al mismo tiempo, intereses contrapuestos que se manifiestan en la esfera política. La resistencia al cambio forma parte del mismo.

Existe cierto criterio de fijar la crisis económica actual de una forma negativa. Deseamos abrir un paréntesis ahora, tras el objetivo de enmarcar brevemente la actual crisis, de un modo más concreto sin

¹³ Ver, al respecto, el interesante artículo de J. Segura, “Algunas consideraciones sobre la crisis del análisis económico ortodoxo”, *Investigaciones Económicas*, n° 3, mayo-agosto 1977.

¹⁴ Actualmente, economistas y politicólogos se encuentran ante un tema inagotable: el Estado. En el capítulo 2 del conocido trabajo de J. O'Connor, *The Fiscal Crisis of the State* (trad. cast., *Estado y capitalismo en la sociedad norteamericana*, Buenos Aires: Periferia, 1974, 63-94), trata de mostrar la crisis social y fiscal generada por el crecimiento simultáneo del sector monopólico y el estatal. Este tipo de trabajos, críticas y contracríticas... se han extendido actualmente de una manera afortunada: Althusser, Miliband, Poulantzas, Gough, Mosley, Fine, Harris Offe, Yaffe, Hirsch, Negri... son autores muy significativos sobre un tema tan importante y polémico.

Como escribe el propio Antonio Negri, el capítulo de *El Capital* “Sobre el Estado”, que Marx no ha escrito, lo ha escrito el desarrollo capitalista que ha seguido de cualquier modo las indicaciones de la tendencia marxista. ¡Para nosotros el deber de la crítica! (“El Estado, el gasto público: problemas y perspectivas”).

¹⁵ La expresión “tradicionalismo ideológico” es utilizada por G. Germani, *Política y Sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Paidós, 1962), 112 y ss. Vuelve sobre los mismos supuestos en A. Touraine y G. Germani, *América del Sur: un proletariado nuevo* (Barcelona: Nova Terra, 1965); y G. Germani, “Democracia representativa y clases populares”, en Varios: *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (México: Era, 1973), 12-37.

intentar, primero, el esbozo de ciertas matizaciones a una definición negativa que se ha extendido últimamente.

A) No es la quiebra de la economía mixta y del keynesianismo.

Sin aceptar presupuestos neoliberales (que se plasman dramáticamente en Latinoamérica donde, según escribe agudamente Eduardo Galeano, Adam Smith necesita a Mussolini) y evidenciando, por otra parte, la eficacia de la eliminación de algunos obstáculos que racionalizarían en parte algunos mercados, se debe destacar que el keynesianismo represente la fórmula ideal de superación de la crisis económica actual. Sostener, contra viento y marea, la panacea del keynesianismo es ignorar varios hechos relativos al origen y desarrollo de la política económica que propugna.

Dicha política, escribe S. de Brunhoff,

ha nacido en estrecha relación con una gigantesca crisis capitalista; el hundimiento económico de 1929 se ha producido en el contexto de desestabilización política internacional, después de la victoria de la Revolución socialista de 1917. En los años 1930, la estrategia del 'New Deal' practicada por Roosevelt en los Estados Unidos, combinó todos los aspectos de la intervención estatal, medidas monetarias y financieras, reglamentación del trabajo y del papel de los sindicatos, regulación de los 'stocks' agrícolas, etc.¹⁶

Pero, como señala L.A. Rojo, las circunstancias de origen del keynesianismo se olvidan frecuentemente, en un doble sentido:

...los detractores, por una parte, tienden a olvidar cuánto hubo de ruptura definitiva en el pensamiento de Keynes y hasta qué punto es imposible volver a un mundo pre-keynesiano; en tanto que quienes espiran haberlo heredado todo de Keynes—excepto su talento crítico—olvidan hasta qué punto su pensamiento y su obra están condicionados por las circunstancias históricas que le tocó vivir.¹⁷

En segundo lugar, los resultados de la política keynesiana han cambiado las apreciaciones generales sobre los problemas económicos y la tolerancia del paro, inflación y crecimiento de rentas. No se puede prolongar indiscriminadamente el uso de la política keynesiana, ignorando, al mismo tiempo, los cambios producidos por ella.

¹⁶ S. Brunhoff de: "Crisis capitalista y política económica", en Poulantzas, N. y otros: *La crisis del Estado* (Fontanella, Barcelona, 1977), 164.

¹⁷ L.A. Rojo, "Keynes y los problemas de hoy", *Papeles de Economía Española*, n° 2, 1980, 274.

El mismo L.A. Rojo señala los puntos en que, un posible Keynes resucitado, no estuviera de acuerdo con el keynesianismo tradicional. Resumidamente, estos reparos se centrarían en:¹⁸

—La preocupación excesiva por el funcionamiento, ajustes y desajustes de la economía a corto plazo, en demérito a la atención de la asignación eficiente de los recursos, a largo plazo, a través de los movimientos de precios y rentas relativos.

—El intenso manejo de la agregación (demanda) dejando en segundo plano las variables micro (precios relativos) y el lado agregado de la oferta.

—La pretensión de que los gobiernos, discrecionalmente pueden mantener, regulando la demanda agregada, la economía en zonas de pleno empleo con estabilidad aceptable de precios.

—El papel del sector público y el déficit indiscriminado.

Por lo tanto, la afirmación de que la crisis no ha afectado al keynesianismo ni a la economía mixta debe matizarse. La curva de Phillips no es la brújula de guía ni el menú dónde escoger políticas eficaces. Sin embargo, el papel central del sector público en las actuales circunstancias, los reajustes de la economía a diferentes plazos, la especial relación desempleo-inflación, etc., obligan olvidar las querellas keynesianos-antikeynesianos. “Lo que necesitamos”, escribe el propio Rojo, “es la libertad para enfrentarnos con los problemas de hoy, no ataduras a unos moldes que ni siquiera son capaces de cubrir la amplitud de esos problemas”.¹⁹

B) No es el último latido del sistema capitalista.

Teóricamente—y como vimos anteriormente—, la crisis ha sido (y es) una idea inherente a la cuestión de los ciclos, como un bache que separa dos épocas de prosperidad y un hecho, en lo fundamental, lógico en el sistema y, tras las posturas keynesianas, pasajero. Actualmente, las crisis, o mejor dicho, la crisis no responde a esa situación transicional y sus perspectivas no suponen una recuperación inmediata.

El tema de la crisis en el sistema capitalista ha sido estudiado por Marx, cuyas proyecciones en el futuro han dado pie a los críticos de la teoría marxiana para tratar de demoler todo un cuerpo teórico, ignorando circunstancias y una atenta lectura de sus textos. Así lo piensan autores solventes (M. Dobb, por ejemplo) que han vuelto sobre el tema con un crecido interés no ajeno, suponemos, a los recientes análisis del Estado.

¹⁸ Ibid., 275-277.

¹⁹ Ibid., 278.

Señala Napoleoni que Marx analiza la crisis final del capitalismo en relación a dos tipos de fenómenos, diversos, causantes de crisis recurrentes. Se conecta la crisis, primero, con una “caída tendencial de la tasa de ganancia” y, segundo, con la imposibilidad de realización plena del valor de las mercancías, debido a una insuficiente demanda.²⁰

El primer tema había sido ya previsto por Ricardo aunque las diferencias en Marx se centran en la importancia dada al efecto de los rendimientos decrecientes en la agricultura y en la errónea definición ricardiana de tasa de ganancia que coincide con la tasa de plusvalía marxiana. La tendencia a la baja se debe a que los aumentos de la composición orgánica no pueden, a largo plazo, ser compensados por los aumentos de la tasa de plusvalía.²¹

En segundo lugar, el otro aspecto de la crisis se vincula con la realización de la plusvalía y la sobreproducción. Existen dos tipos de crisis de realización según la tesis de la “desproporcionalidad” y la tesis del “subconsumo”,²² fenómenos íntimamente relacionados pues, como escribe Napoleoni,

...el subconsumo es generador de crisis porque la tendencia a la desproporcionalidad—es decir, la ‘anarquía’ presente en el mercado—impide que la inversión cubra las deficiencias de la demanda; dicho de otro modo, la tendencia a la desproporcionalidad genera crisis porque el subconsumo transforma sistemáticamente esa tendencia en realidad.²³

Así lo explica gráficamente Joan Robinson con su proverbial buen tino, en un sentido totalmente opuesto al que quiere darle Marcelo Diamand que ve una crítica radical a Marx y su concepción de las crisis

Aprieten el botón de la ley de Say y la demanda efectiva es dominante: la pobreza de los trabajadores se visualiza como la última causa de todas las crisis. ¿Se deduce, acaso, que la crisis se aliviaría aumentando salarios? Libérese el botón de la ley de Say y la respuesta es ‘no’. Con una producción final fija, el crecimiento de los salarios reales significa utilidades más bajas y las utilidades más bajas—apriétese de vuelta el botón de la ley de Say—significan

²⁰ C. Napoleoni, “Teorías de la crisis económicas en Marx”, *Transición* n° 2, dic. 1978, 27-32. Excelente trabajo de M. Castells, *Teoría de la crisis en el pensamiento marxista* (Madrid: Siglo XXI, 1980). También, P. Salama, y J. Valier, *Una introducción a la economía política* (México: Era, 1976), caps. 5 y 6.

²¹ Ver la formulación de la ley y una crítica de la misma en P.M. Sweezy, op. cit., 109-122; y J. Robinson, *Introducción a la economía marxista* (México: Siglo XXI, 1968), cap. V. También en S. Amin, *La acumulación a escala mundial*, (Madrid: Siglo XXI, 1974), 143-155.

²² P.M. Sweezy, op. cit., 175-206.

²³ C. Napoleoni, art. cit., 31.

la crisis.²⁴

“La razón última de todas las auténticas crisis”, escribe K. Marx, “es siempre la pobreza y el consumo limitado de las masas, opuestos a la técnica de la producción capitalista de desarrollar las fuerzas productivas como si éstas no tuvieran otros límites que la capacidad de consumo absoluta de la sociedad”. Pero no es una tesis catastrofista sobre un derrumbe mecánico porque “es a través de la crisis como se realiza la tendencia decreciente de la tasa media de ganancia pero la crisis constituye, al mismo tiempo, la reacción del sistema contra el descenso”.²⁵ Eco que recogen Salama y Valier del mismo Marx: “... la crisis constituye siempre el punto de partida de una nueva gran inversión. Y, también, por lo tanto -desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto-, brinda siempre, más o menos, una nueva base material para el siguiente ciclo de rotaciones”.²⁶ Además de las causas contrarrestantes de la caída de la tasa de ganancia (abaratamiento del capital constante, aumento de la explotación, depresión salarial, sobrepoblación relativa, comercio exterior)²⁷ y del subconsumo (nuevas industrias, inversiones defectuosas, crecimiento de la población, consumo improductivo y gastos estatales)²⁸, no se puede olvidar la enorme plasticidad del sistema capitalista para recuperarse de sus caídas recurriendo a la sobreexplotación.

En un trabajo posterior al comentado, Napoleoni ofrece nuevas reflexiones sobre el esquema marxista de las crisis. El autor cree encontrar por lo menos tres lecturas en Marx. Dos de ellas se desprenden de *El Capital* y que fueron anteriormente apuntadas (ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia y las dificultades de realización ya a raíz de las “desproporciones” sectoriales o anarquía capitalista, y del subconsumo). Sin embargo, al estudiar las teorías de Keynes que resuelven las crisis de sobreproducción a través de la intervención pública

²⁴ Ver M. Diamand, *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia* (Buenos Aires: Paidós, 1973), 438 y ss. Detenerse también en el uso (y abuso) de las citas fuera de contexto de la *Filosofía Económica* de Joan Robinson, op. cit., 441, 443 y 444.

²⁵ P. Salama y J. Valier, op. cit., 151.

²⁶ K. Marx, *El Capital* (México: Fondo de Cultura Económica, 1972), tomo II, 165.

²⁷ P.M. Sweezy, op. cit., 110-113. Sobre la superexplotación del trabajo mediante tres mecanismos: intensificación del trabajo, prolongación de la jornada laboral y expropiación de parte del trabajo necesario al obrero para reposición de la fuerza de trabajo interesantes observaciones de R.M. Marini, *Dialéctica de la dependencia*, (México: Era, 1974), 38-48 y 91-101.

²⁸ Sweezy, op.cit., 241-258.

selectiva, Napoleoni encuentra en dicha solución como un medio de transformación interna del sistema cuyo significado sería la eutanasia progresiva del mismo, generalizando la abolición de la propiedad privada.²⁹ Realmente, lo importante del trabajo se deriva de la conclusión final: al criticar y encontrar serias insuficiencias teóricas del “derrumbe” mecanicista del sistema capitalista no ve otra forma de superación del mismo que una intervención política, cuestión apuntada pero que escapa del núcleo de trabajo del autor.

Sería de una ilimitada extensión el referirse y detenerse en las últimas aportaciones sobre el tema. Innumerables artículos y obras, algunos de gran interés, de una pléyade de autores (Sweezy, Mandel, Arrighi, Braverman, Aglietta, Rowthorn, Perry Anderson, y un largo etcétera) supera la limitación de esta exposición. Pero no podemos eludir la tentación de pararnos brevemente en dos trabajos recientemente publicados en lengua castellana (aunque la publicación original de ambos se diferenciara en cuatro años) y que, por diversos motivos, tuvieron un amplio eco y levantaron enconadas polémicas, sobre todo en el caso de Ernest Mandel, que unió a su labor de teórico la de destacado dirigente de la IV Internacional.

En *El capitalismo tardío*³⁰, E. Mandel parte de la consideración de las ondas largas Kondratiev caracterizadas por especiales factores tecnológicos que relanzan la tasa de ganancia. Posteriormente veremos los inconvenientes de tratar como revolución las condicionantes técnicas de un determinado período. Mandel considera el agotamiento de una onda larga y una nueva fase de expansión como los límites de una época de crisis derivada, en el marco teórico del marxismo clásico, del crecimiento de la composición orgánica del capital (COC). Primera conclusión: superar esta fase crítica se basa en los factores que inciden en la COC: abaratamiento de capital constante, nuevas inversiones que exijan bajas cantidades de capital fijo y superexplotación del trabajo. Tras la recuperación, otra onda larga tipo Kondratiev donde las leyes de movimiento del capital elevarían paulatinamente la COC hasta otra fase recesiva.

El análisis de Mandel ha sido muy criticado. La importancia desmedida en el crecimiento de la COC debería sustituirse por una

²⁹ C. Napoleoni, *El futuro del capitalismo*, (Madrid: Siglo XXI, 1979).

³⁰ E. Mandel, *El capitalismo tardío*, (México: Era, 1979, original de 1972, revisado en 1975 para la traducción en castellano).

explicación más realista (Rowthorn) en base de los datos de Kuznets y a la creciente fuerza estructural de la clase obrera en los países desarrollados. La disminución de los beneficios vendría dado, fundamentalmente, por la decreciente participación de los mismos en el producto general. La inflación—que Mandel centra como uno de los factores de recuperación de la tasa de ganancia, anulado tras la crisis del sistema financiero internacional³¹—convierte en un objetivo de lucha por los gobiernos del centro frente a las reacciones adversas del electorado. Mandel tampoco distingue entre crisis en las que la caída de la tasa de ganancia origina sobreproducción y otras en las cuales el proceso es inverso. Según Arrighi, el primer caso daría lugar a una crisis como la actual, mientras el segundo tendría el ejemplo típico en la crisis de los años treinta.³² Estas discrepancias inciden, fundamentalmente, en los aspectos políticos del tema que cobran, con la actual crisis, una gran importancia para países intermedios que se debaten entre la incorporación a la cadena imperialista y la lucha de clases.³³

El otro trabajo que deseamos comentar es el de Michel Aglietta, “Regulación y crisis del capitalismo”,³⁴ fruto de las investigaciones elaboradas en Francia sobre la crisis (Palloix, Granou...) representando la mejor muestra hasta el presente de los que se ha llamado, quizás impropriamente, el “marxismo renovador” y que se conoce genéricamente como “escuela primigenia de la regulación” que proseguirán entre otros, Boyer. Por una parte se ofrece un modelo de explicación de la realidad que no separa las categorías básicas del marxismo y la compleja realidad actual de las economías desarrolladas. Por otro lado, el detenido estudio de una formación social concreta como la estadounidense que amplía y, en cierta forma, complementa los análisis de Baran, Sweezy, O'Connor y Braverman, entre otros.³⁵ Este doble objetivo lo señala el mismo

³¹ E. Mandel, *El dólar y la crisis del imperialismo*, (México: Era, 1974). También en “Los problemas del dólar”, *Transición*, nº 5, febrero 1979, 49.

³² G. Arrighi, en *Zona Abierta*, Nº 5, 1978.

³³ E. Mandel, “Dos pasos adelante, dos pasos atrás”, *Viejo Topo*, nº 23, Agosto 78. También la respuesta de J.R. Aramberri, y J.M. Reverte, “Mandel en el país de las maravillas”, *Zona Abierta*, nº 17, 1978, a un artículo del primero en *El País*, 7-10-78. No se puede olvidar que en dicho años se publica *Crítica del eurocomunismo* (Barcelona: Fontamara, 1978) otra obra polémica en la trayectoria de E. Mandel.

³⁴ M. Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo* (Madrid: Siglo XXI, 1979).

³⁵ Ver también el último trabajo de M. Castells, *The Economic Crisis and American Society* (Princeton: Princeton University Press, 1980) que completa el

Anglietta:

Hablar de la regulación de un modo de producción es intentar expresar mediante leyes generales cómo se reproduce la estructura determinante de una sociedad. El objeto de la presente obra es el estudio de las leyes de regulación del modelo de producción capitalista. Dicho estudio se llevará a cabo a partir de un análisis de la economía norteamericana a largo plazo.³⁶

Presenta Aglietta una formalización general de la ley de acumulación del capital (cap. I) y el significado de las tendencias de la colectivización del proceso de trabajo (cap. II) para llegar al desarrollo del capitalismo avanzado que concreta en Estados Unidos. Con estudios sobre concentración de capital y el proceso de competencia de capitales, se llega al fundamental capítulo 6, que tiene para nosotros una especial relevancia en cuanto asigna a la inflación la manifestación de la crisis del modo de regulación del capitalismo contemporáneo. Para Aglietta existe una contradicción en la regulación en cuanto el salario obrero de referencia, en términos reales es casi totalmente rígido mientras que se potencia el crecimiento tendencial de un salario indirecto en formas de bienes y servicios colectivos. La consecuencia lógica es la inflación como algo intrínseco a esa forma de regulación. No podemos olvidar aquí los análisis de O'Connor ni las referencias de la inflación como un impuesto regresivo.

Sin embargo, la brillantez de exposición del autor (excepto en las autotrampas conceptuales producto del formalismo abstracto, influencia, sin duda, de Althusser) no finaliza con propuestas brillantes. Y no se puede ser de otra forma. De todas se refiere a la posibilidad de mercantilización masiva de los bienes y servicios colectivos necesarios para la reproducción de la fuerza social de trabajo. Posibilidad y salida del capitalismo en crisis apuntada por la realidad en algunos casos pero totalmente descartable para el capital privado por los enormes riesgos de beneficios que conlleva y, lo que es más importante, socialmente descalificable.

Cualquier análisis sobre la crisis y el desarrollo del sistema capitalista en los últimos cincuenta años no puede ignorar tres tipos de factores.³⁷

anterior *Teoría de las crisis en el pensamiento marxista*, cit.

³⁶ M. Anglietta, op. cit., 5.

³⁷ Partimos de la visión dada por Jean Pierre Vigier en "Cómo las estructuras han engendrado la crisis", en *Le Monde Diplomatique*, n° 248, nov. 1974 y traducido en Varios: *Sobre la crisis capitalista mundial* (Madrid: Zero,

1) Revolución científica y técnica (RCT), ampliando la base económica de reproducción al consumo masificado y subsectores de producción de sofisticada tecnología (petroquímica, electrónica, informática, etc.). Además, la RCT es un factor de dominación y dependencia, paralela al pillaje del Tercer Mundo.³⁸

2) La conquista de nuevos mercados tras las caídas de los imperios coloniales inglés y francés, la acción de las mal llamadas multinacionales, los flujos de capitales y expolios de materias primas de los países menos desarrollados.³⁹

3) Rol creciente del capitalismo de estado que suministre medios económicos y financieros y los monopolios interiores, con consecuencias ordenadoras y reguladoras, por una parte, y de crisis social y fiscal, como diría J. O'Connor, por otra.⁴⁰

No nos detendremos en los diversos factores que inciden en las numerosas descripciones sobre la crisis económica actual. Indirectamente, son susceptibles de estudio en un análisis más amplio de lo que *no es la crisis*. Sin embargo, esquematizamos seguidamente una tarea ingente de los distintos criterios si no fuera por los paralelismos que colaboran para ofrecer un cuadro mínimamente presentable en extensión pero que realza, por otro lado, las claras insuficiencias de explicación global. La característica fundamental se resume en comprobar una verdadera concatenación de crisis en tres pilar básicos:

1) *Quiebra del orden económico internacional*. Aquí se subrayarían los problemas derivados de la crisis monetario internacional y la progresiva decadencia de la hegemonía del dólar, las prácticas neoproteccionistas frente al agotado espíritu de Bretton Wooda, la política de bloques y la tensión Norte/Sur y las nuevas coordenadas de la división internacional del trabajo, la industrialización del tercer mundo (que

1975), 11-24. Texto que ha sido ampliado (excepto la parte dedicada a capitalismo de estado) en "La crisis y la tercera guerra mundial", capítulo de Autores Varios: *La guerra económica mundial* (Barcelona: Fontanella, 1978), 183-283. La expresión "Revolución científica y técnica" (RCT), base de las elucubraciones del autor ya fueron expuestas en V.E. Waysand y J.P. Vigier "Revolution scientifique et technologique et impérialisme", *Temps Modernes*, 266, 1966.

³⁸ J.P. Vigier, op. cit., (1975, 12) y (1978, 189-214). No podemos dejar la ocasión de indicar los problemas teóricos planteados por la RCT, al no ser una "revolución" en sentido estricto sino un hecho infraestructural cuyas relaciones especiales con la superestructura política no están todavía claras. Estas y otras retenciones están presentes en el prólogo de Joan Clavera a *La guerra económica mundial* y fuertes críticas de Gunter Steinkamp y García Viñuela de cómo no se debe hacer un libro con esquemas pre-fabricados en *Investigaciones Económicas*, nº 8.

³⁹ J.P. Vigier, (1975), 13 y (1978), 215-235.

⁴⁰ Idib., (1975), 13 y ss.).

fomenta el proteccionismo defensivo) y la ausencia de liderazgo a escala mundial.

Frente a este cúmulo de problemas se extiende una sana pero irrealista intención de solución solidaria. “Tres consignas se están utilizando en la actualidad”, escribe Peter O'Brien,

para describir métodos supuestamente diferentes de reorganización del sistema internacional: la División Internacional del Trabajo, el Nuevo Orden Económico Internacional, y la ‘Self-Reliance’ (confianza en el esfuerzo propio). La primera de ellas corresponde al ímpetu de las principales empresas internacionales; la segunda, sobre todo a las declaraciones de gobiernos y de organismos internacionales que con frecuencia corresponden a los objetivos de estas mismas empresas, mientras que la tercera hasta cierto punto es empleado por las empresas y los gobiernos, aunque el mayor énfasis proviene de grupos con estructuras menos formalizadas y con una menor representación en los medios de comunicación.⁴¹

2) *Crisis del petróleo. Crisis de la energía.* Con un ámbito más amplio relativo a la explotación y agotamiento de materias primas, es interesante señalar la separación que deben tener los dos aspectos: bloqueo de un recurso a través de sucesivos aumentos de precios, por una parte, y la investigación controlada de nuevas fuentes de energía, por otra. Confundir una actitud política coyuntural con un problema derivado del desarrollo de las fuerzas productivas, es ignorar, y no siempre inconscientemente, la importancia que tiene la tecnología como factor de dependencia.

No insistimos más en el tema, ampliamente comentado en la copiosa bibliografía al caso, pero no olvidemos que, primero, antes de su reajuste, el valor real del petróleo se redujo prácticamente a la mitad, entre 1950-51 y 1973⁴² y la utilización, en segundo término, que hicieron las empresas multinacionales de la subida de crudos.⁴³

3) *Quiebra de instituciones, valores y expectativas sociales a nivel interno.* La crisis se manifiesta a nivel interno con la aparición de nuevos elementos en el entramado de valores sociales. Los países más desarrollados hacen visible un auge de reivindicaciones particulares,

⁴¹ P. O'Brien, “Capitalismo Transnacional”, *Argumentos*, octubre 1978.

⁴² “Informe del Secretariado Ejecutivo al Decimooctavo período de sesiones de la Comisión”, CEPAL, La Paz, abril 1979, 7.

⁴³ E. Ballester, “Crisis del petróleo: hipótesis sobre una causa oculta”, *Indice*, 345, enero 1974. Contestado el artículo por J.E.A.M., “La otra posible cara oculta”, *Indice*, 348-9, marzo 1974. Ballester vuelve sobre el tema en “Petróleo: programación y maquiavelismo”, *Indice*, 368, enero 1975.

insolidaridades, corrupción, peticiones políticas inusuales.... Existe una corriente de opinión sobre la inflación persistente como una muestra indudable de debilidad política y el desencaje entre sociedad y las instituciones que se centra tanto en las actividades combativas como en una creciente apatía social.

Después de tres décadas de expectativas crecientes bajo la política económica mixta, las economías que apoyaron su crecimiento en nuevas pautas de consumo y una optimista concepción del bienestar se encuentran actualmente estancadas. El objetivo de la abundancia, sin contrapartidas materiales en la actualidad, ha dejado un hueco vacío en las esperanzas no sólo de los países industrializados sino en aquellos otros a los que se trasplantó la ideología del desarrollismo a todo precio por ósmosis centro-periferia y la transculturación informativa dentro de un complejo esquema de penetración cultural.

El tema, en fin, es inabordable en toda su extensión, en todos sus matices. En los últimos años han sido publicados en castellano diversos artículos con un retraso de tres y cuatro años. La polémica, anteriormente apuntada, Arrighi-Mandel desde 1972 (un año antes de la primera subida de crudos) abrió horizontes teóricos que no se han perfilado definitivamente⁴⁴.

4. Prospectiva y el economista adivinador

El economista no puede sustraerse a la tentación, tan rutinaria en todos los hombres y en cualquier faceta de su actividad, a especular, anticipar o predecir el futuro. Por una parte, la necesidad de suposición y prognosis para configurar cierta política es manifiesta pero, por otra, la frontera es un confuso horizonte de azar-deseo-utopía donde la libertad es conocer la necesidad y su proyección. Ambas condicionantes están

⁴⁴ Como continuación de la bibliografía citada en las notas anteriores, no podemos olvidar las siguientes contribuciones al tema: G. Arrighi, "Una nueva crisis general", (espec. n. 32), originalmente publicado en *New Left Review* (1972), *Zona Abierta*, n° 5, 1976. Este artículo tienen una versión posterior y descoyunturalizada, con un interesante post-scriptum donde explica las diferencias con Mandel, titulado "Hacia una teoría de las crisis capitalistas", *New Left Review*, n° 111, 1979. Sobre estos y otros problemas, ver las opiniones de Arrighi en "Ingovernabilidad del trabajo y crisis del capital", *Transición*, n° 24, sept. 1980, 21 y ss. *Annual Register of Political Economy*, Vol. I, 1978. Editado en castellano como *La Crisis Contemporánea* (Madrid: Ed. Encuentro, 1979). Artículos de E. Mandel, A. Gunder Frank, Th. dos Santos y Samir Amin, entre otros. R. Rossanda, "Crisis del Este, crisis del Oeste", *Zona Abierta*, n° 20, 1979.

presentes en la labor diaria del técnico responsable de delinear una política económica que, como escribía para la historiografía Arnold J. Toynbee, requiere, al igual que el dios Jano, poseer una cara que mira al pasado y otra hacia el futuro.

Los antecedentes se remontan, en los intentos futurólogos, a Platón, Tomás Moro y Bacon pero enlazan, contemporáneamente, a través de la literatura: unas veces de forma anticipativa (J. Verne, H.G. Wells...) y otras, menos espectacular y más sugestiva, "filosóficamente" (A. Huxley, G. Orwell y A. Koestler, son autores, al respecto, muy significativos).

En economía, los clásicos (Malthus, por ejemplo) junto a Marx y Engels—considerando dialécticamente la Historia y la función del científico que no sólo debe descubrir la realidad sino, también, tratar de transformar—forman un hilo que no se interrumpe bruscamente. Kondratieff, Kitchin, Jugler... bautizan con sus nombres las series de ciclos que, superpuestos, son la base de la obra de Schumpeter. Posteriormente, los intentos no son ya individuales. El interés de instituciones, fundaciones, grupos de estudio, organismos oficiales fomentan investigaciones que proporcionen alguna luz sobre el futuro y permitan una relativa planificación de actuaciones.⁴⁵

Lógicamente, en los países socialistas, estos estudios se apoyan por el especial tipo de política económica, centralizada y con gran poder vinculante, por lo que cuentan con una copiosa bibliografía, parcialmente traducida y publicada en castellano.⁴⁶ Lo mismo sucede, con el sostén de diversas instituciones, en Estados Unidos: la Academia Americana de Artes y Ciencias y el Hudson Institute están detrás de los trabajos, en algunos casos muy citados, de Bell, Kahn y Wiener, entre otros y que, en cambio, gozan de mayor circulación entre los especialistas.⁴⁷

⁴⁵ Este apartado debe mucho a las ideas de un largo artículo de Ramón Tamames ("La España de 1985", 1ª p., *Actualidad Económica*, nº 800, julio 1973, 4-33, especialmente, 6-13). Temas que desarrolla en *La polémica sobre los límites al crecimiento* (Madrid: Alianza Ed., 1980), 31-40.

⁴⁶ M. Vasiliev, *Reportaje desde el siglo XX*, (Madrid: Alianza Editorial, 1970).

⁴⁷ H. Kahn y A. Wiener, *El año 2000* (Madrid: Ed. Revista de Occidente, 1970). La determinación, como base, de cinco categorías de países según intervalos de renta "per cápita", está influenciada por la obra de W. Rostow, con lo que las conclusiones (aunque se fijen tendencias de trece variables y las posibilidades de tres hipótesis de crecimiento) son mecanicistas, con lo que algunas extrapolaciones dan resultados totalmente absurdos (como es el caso japonés, p.e.). De los mismos autores, junto a otros, ver *Hacia el año 2000* (Kairos, Barcelona, 1967). La metodología rostowiana de estos estudios

Quizá la obra de este tipo que más repercutió, por la gravedad de sus conclusiones, fue la investigación del Club de Roma (financiada, en parte, por las fundaciones Agnelli, Volkswagen, Ford y la Battelle Memorial Institute), dirigida por Forrester y Meadows. Se trataba de demostrar los graves riesgos y límites de un incontrolado crecimiento, tanto por razones de recursos y medio-ambientales como de organización⁴⁸.

Aunque “a largo plazo, todos muertos” (Keynes *dixit*), no puede olvidarse que los objetivos de política económica tienen un orden temporal, más o menos largo, para su posible logro. Objetivos instrumentos, medidas que surgen de un “área de descubrimiento” epistemológico. “En este marco hay que entender a la prospectiva como un desarrollo interdisciplinario en la búsqueda de una síntesis, dado que el mundo científico y tecnológico es cada vez más parcelable, especialista y analítico”, escribe M.V. Gutiérrez Guitián en un reciente artículo,⁴⁹ citando, entre las metas de la prospectiva, la ayuda a la decisión, la planificación, la previsión, el evitar futuros no deseados y proponer los posibles y esperados, partiendo de ‘gérmenes de cambio’ (HPF, hechos portadores de futuro) y de caminos ya iniciados de transformación previsibles (tendencias). El voluntarismo enfrenta, por tanto, la prospectiva simuladora de futuro (“En el fondo es un diálogo *no político* que busca un mínimo antropológico: el sueño de una humanidad solidaria, integrada y realizada”; subrayado nuestro) con una cambiante realidad de variada potencialidad direccional. En definitiva, los gérmenes de cambio están en los hombres, en sus distintos y contrapuestos intereses, en la lucha de clases, cuyos caminos son difícilmente previsibles pero nunca determinados. Además no se entiende el “mínimo antropológico” sin un diálogo político.

Además, se trata de identificar erróneamente referencia prospectiva con planificación en detrimento, lógicamente, de ésta última. Pero la mejor autocrítica se forja cuando escribe que “los escenarios

se derivan de la moda del desarrollo mimético, mediante progresivos y mecánicos pasos, ignorando la especificidad de cada caso y la historia de cada país.

⁴⁸ *Los límites del crecimiento*, obra especialmente criticada en sus aspectos tecnocráticos, reflejo de la aportación de dinámica de sistemas de Forester.

⁴⁹ M.V. Gutiérrez Guitián, “Prospectiva: política y utopía”, *El País*, 9 de abril, 1980, 42.

tendenciales son los futuros lógicos de un sistema, supuesto que ninguna no prevista intervención o fenómeno sorpresa venga a alterarlos”; límites inaceptables para una política económica que actúa sobre un mundo lleno de imprevistos.

Más interesantes nos parecen los planteamientos de Tinbergen que parte de una doble distinción: *previsiones*, sobre hipótesis entre las que no se incluyen el cambio de régimen socioeconómico, y *planes*, que suponen transformaciones sustanciales en el marco institucional. De esta manera, a largo plazo, las previsiones carecen de sentido, significan la congelación de un determinado marco general en que las extrapolaciones resultan irreales. Por tanto, el técnico, el político, en fin, las autoridades económicas no deben preveer en tanto no sea para planificar. Planificación en que se hace indispensable sopesar las tendencias de cambio que se presienten en la sociedad.⁵⁰ Planificar es seleccionar y elegir sobre temas tan importantes como el bienestar, producción-consumo, localización, papel del sector público, participación de la fuerza laboral en los beneficios, la distribución de ingresos, y el modelo de crecimiento. Es, en definitiva, oponerse a un indiscriminado “dejad hacer, dejad pasar”, que realmente discrimina.

Comienza Gunder Frank uno de sus artículos, meollo de los primeros capítulos de una obra sobre la crisis, las previsiones ortodoxas sobre el ciclo y la administración macroeconómica keynesiana,⁵¹ con una referencia a la revista *Fortune* (enero 1976) donde se ofrecen los resultados de una encuesta de opinión pública en la cual los norteamericanos consideran la capacidad de predicción de los economistas similar a la de los astrólogos. El ameno, y bastante desmitificador, artículo de Frank se detiene en la suposición de los economistas ortodoxos de redefinir “el dinosaurio de preguerra con una lagartija de posguerra”, al considerar obsoleta la “magia de los ciclos” con el triunfo definitivo de la estabilidad en el crecimiento. ¡Y solamente tres años antes de la grave recesión de 1973-5! Obsoleto problema era también el desempleo (Heilbroner, *Business Week*). No era de extrañar los falsos optimismos como sucedió en el 29 y que tantas opiniones contrarió, como

⁵⁰ J. Tinbergen, “¿Cómo se debe estudiar el futuro?”, Universidad Autónoma, Barcelona, multicop., 1971. Citado por Tamames, R. op. cit., 62-65.

⁵¹ A. Gunder Frank, “El economista como adivino e ideólogo”, *Zona Abierta*, nº 13, 87-110.

el conocido caso de Irving Fisher.⁵² Pero no hay que darle más importancia al tema, considerada ya la capacidad predictiva del economista-astrólogo y arriesgado futurólogo. La importancia, sin embargo, está en los graves problemas que provoca su incapacidad que afecta a un posible programa anti-crisis que contenga cierta política de rentas, como es el caso que nos interesa, frente a la envergadura (de ventajas y riesgos) planificadora.

Pero no podemos olvidar, por su utilidad relativa, la metodología que elaboraron hombres como Herman Kahn, Berger, Ackoff o B. de Jouvenel que permite analizar el futuro más científicamente que las elucubraciones utópicas de Campanella o Verne. Se hace necesario pasar del estudio de las claves de la superteocracia futura⁵³ a esquemas de diseño para la política económica. Los últimos trabajos más representativos así lo indican y, en este sentido, abren nuevas puertas para la prospectiva y la clarificación del futuro.⁵⁴

5. Políticas económicas anti-crisis: breve recetario desde la bola de cristal

Ante la crisis actual, los gobiernos de los países desarrollados o intermedios se encuentran ante el dilema de escoger estrategias alternativas de salida de la política económica. Por una parte, se puede abogar por la estabilidad de la economía compatible con tasas moderadas de crecimiento. Este camino exige cierto control de precios y congelación salarial aunque, quizá pensando en el “trade-off” del análisis Phillips-Lipsey, se justifica el crecimiento del paro. También, en segundo lugar,

⁵² Los pronósticos conocidos invalidados por la realidad se citan en J.K. Galbraith, *El crack del 29* (Ariel, Barcelona, 1976). Breves pero interesantes artículos, recordando la caída de Wall Street, en *El País*, 28-oct.-79, de conocidos especialistas (Sampedro, Rojo, Palafox...).

⁵³ S. Vilar, “1984. Historia y Prospectiva”, *El Viejo Topo*, nº 43, abril 1980, 15 y ss.

⁵⁴ N. Cross, D. Elliot, R. Roy, *Diseñando el futuro—Textos de la Open University* (Barcelona: Ed. Gustavo Gili, 1980). También: D. Elliot y N. Cross, *Diseño, Tecnología y Participación* (Barcelona: Ed. Gustavo Gili, 1980). Citaremos, también, el estudio de la O.C.D.E., *Interfuturos*, realizado durante los tres últimos años. La ausencia del caso español será paliada por una investigación del Instituto Nacional de Prospectiva. Este estudio trata de enfrentar su optimismo desorbitado con las conclusiones del Club de Roma. Con una previsión de crecimiento de la economía mundial de un 5% anual, *Interfuturos* apunta una opción claramente voluntarista que combine tres cuestiones: adaptación estructural, amortiguación de las tensiones internacionales y evolución de la economía según nuevos valores.

está la posibilidad de proponer una nueva etapa de crecimiento consistente y de reactivación económica, con un reparto más justo de las cargas paralelamente a una progresiva socialización de la economía.

La primera propuesta conservadora puede ser interpretada de dos formas. Los monetaristas verán en la intervención estatal desmesurada en los mecanismos de regulación concurrencial, durante las políticas anticíclicas, la causa de una expansión continua de la cantidad de dinero en circulación. Por tanto, la alternativa monetarista se reduciría a una actitud deflacionista basada en la limitación de los gastos públicos y de la oferta monetaria a un nivel en que su crecimiento no sea mayor que el crecimiento tendencial de la producción. Los obstáculos de la propuesta se centran en una clara incompatibilidad entre el largo plazo para la efectividad de las medidas monetaristas, un fuerte aumento del desempleo y un marco democrático a no ser que se cierre de alguna forma el mercado político.⁵⁵

Una segunda interpretación vendría dada por los conservadores keynesianos que defienden la necesidad de acuerdos globales sobre distribución de la renta para eliminar los efectos inflacionistas de unas posibles medidas reactivadoras. Los mayores problemas derivan de las características que tiene la distribución de la renta existente, el poder de los sindicatos para modificarla y el grado de consenso de las partes para el acuerdo global, los deseos de posterior reactivación, además de la intensidad y composición de la actividad estatal. Ciertamente que no es lo mismo los incrementos de gasto público improductivo destinado a armamento que una actividad asistencial del Estado en extensión.

Si se sigue el criterio recesionista, escriben Daniel Carbonetto y Carlos Amat y León,

...sea profundizando la tendencia actual de la actividad económica o simplemente dejando que operen las 'leyes del mercado', es bastante sencillo predecir las consecuencias. Continuaría incrementándose la capacidad ociosa de las plantas industriales, el monto de ventas de gran parte de ellas descendería por debajo del punto de equilibrio u oscilaría alrededor de él desapareciendo las utilidades. El empresario se vería obligado, de un lado a suspender o despedir a una parte de sus trabajadores con la finalidad de ajustar los costos variables a un nivel menor de producción y, de otro, a presionar por el incremento de precio de su mercancía, porque a pesar de la reducción de planillas continuarían operando de todos modos con un costo total unitario más alto, dada la mayor incidencia de los costos fijos por unidad producida. Este es

⁵⁵ A. Gamble, y P. Walton, op. cit., 110.

el caso de las empresas monopólicas, porque ciertamente para la mediana y pequeña empresa la realidad sería la quiebra o la venta con la consiguiente intensificación del proceso de concentración y centralización del capital. Por su parte, el incremento del desempleo y el aumento de precios retro-operaría recortando aún más la demanda solvente. Y el ciclo se reproduce. Esto es: se llevaría a la quiebra incluso a grandes empresas privadas, especialmente a aquellas vinculadas al consumo popular de demanda elástica al efecto ingreso: vestido, construcción, muebles, calzado, línea blanca y un buen número de empresas comerciales y de servicios que participan en esas actividades⁵⁶.

Frente a las actitudes conservadoras anteriormente perfiladas existe una propuesta de reactivación global que exige grandes dosis de imaginación para seguir un procedimiento inverso al que condujo a la recesión. Dada la coyuntura actual, una reactivación económica global constaría de dos fases: primero, crecimiento de la demanda vía salarios hasta el logro de metas cercanas al pleno empleo con un cierto control selectivo de precios y, segundo, crecimiento sostenido en base a una política crediticia flexible y una política tributaria que alentase las inversiones productivas. Este programa, sin duda, exige no sólo imaginación sino una gama de prioridades básicas, una especial vigilancia sobre las distorsiones en la asignación de recursos y una progresiva socialización de la economía (economía social de mercado). Otro punto relevante del problema sería la llamada planificación democrática del mercado, tema que constituye por su importancia una línea de trabajo crucial en esta fase de globalización e interdependencia de la economía mundial en la que se requiere de la Teoría de la Política Económica un esfuerzo adicional en su capacidad no sólo analítica (para delimitar diagnósticos y ofrecer prescripciones político-económicas como las de este breve recetario comentado) sino, también, predictiva (para anticipar estados económicos futuros sometidos a diverso grado de incertidumbre).

5. En la burbuja colonizada del pensamiento económico

Desde Giordano Bruno y Miguel Servet, la hoguera resultó ser un escenario común de debate filosófico donde se intentó ahogar la heterodoxia científica con las piras de los quemaderos intolerantes encendidas por oficiales de la inquisición católica o por alguaciles calvinistas. No obstante, el conservadurismo oficial demostrado en la

⁵⁶ Documento Editorial preparado por Carbonetto y Amat, *Socialismo y Participación*, n° 6, 11-12, Lima, marzo 1979.

rígida defensa de paradigmas extenuados no es privativo del medievo. La historia del progreso de la ciencia, con sus luces y sombras, está repleta de ejemplos de científicos—inquietos, curiosos, aventureros, siempre contra la corriente—que contribuyen a las ceremonias de resistencia ante las concepciones ideológicas dominantes hasta que las nuevas ideas, en algunos casos, se convierten en ortodoxia y sus autores en personajes integrados—respetables, acomodados, autoritarios, siempre imantados por el poder.

No es extraño, por tanto, que muchos traductores apresurados de obras sobre historia de la filosofía de la ciencia no expongan sólo las “tramas” sino, más bien, las “intrigas” de un desarrollo histórico en cuyas páginas nos encontramos, con harta frecuencia, el olvido interesado de aquellos mandatos que podríamos sintetizar en los conocidos aforismos de J.N. Keynes y de J.H. Poincaré: si bien es cierto que *el noventa por ciento de las discusiones se resuelven con un diccionario*, también lo es el que *todo problema científico bien planteado es un problema cincuenta por ciento resuelto*. No obstante, de forma sorprendente, del segundo aún recientemente se ha resuelto una conjetura matemática presente a lo largo del siglo XX.

En consecuencia, si seguimos el itinerario aritmético de acotación del objeto económico, el restante cinco por ciento—¡solamente la veinteaava parte del problema inicialmente planteado!—se transforma en el referente primordial de debate teórico aunque se trata, por distintas vías, de evitar constantemente. Sin embargo, es preciso avanzar las siguientes reflexiones en torno a la potencialidad del análisis económico actual frente a los principales desafíos socioeconómicos planteados para descubrir no sólo las fisuras del ejercicio prepotente y endogámico del economista como gestor del *status quo* vigente sino, también, la servidumbre del economista como víctima (y, con frecuencia, cómplice) de un peculiar proceso de colonización del pensamiento económico dominante que convierte al economista académico o profesional en los países en vías de desarrollo no en protagonista del cambio sino en un mero transmisor (y, también con harta frecuencia, en activista) de la ideología económica dominante importada, a través de variadas fórmulas educativas/mediáticas/ profesionales, desde instituciones de influencia internacional.

El haber otorgado la dignidad de categoría gnoseológica a la actividad reflexiva sobre la estructura de los objetos hacia los que el

conocimiento se dirige de un modo inquisitivo es uno de los grandes éxitos de la fenomenología de Husserl. Pero, como escribió Marx en una de las tesis sobre Feuerbach, la cuestión de si el pensamiento humano puede alcanzar la verdad objetiva no es una cuestión teórica sino una cuestión que se debate en el terreno de la práctica, y es en la práctica donde es necesario probar el poder y la plasmación material del pensamiento económico. En este sentido, no podemos eludir la respuesta de S. Gordon cuando se cuestiona si los economistas prestan la debida atención a los filósofos. “*Not much*”, contesta Gordon. ¿Por qué? Según el autor, los economistas como *criaturas míticas* (“*that mythical creature...*”) no atienden a la filosofía, *buena o mala*, mientras que la filosofía de la ciencia apuesta por la economía, *buena y mala*.

Las páginas en las que se escribe la trayectoria del pensamiento económico desde el mercantilismo del siglo XVI hasta la “taxidermia” neoclásica incidieron en el desencanto de los convencionalismos de la profesión que abandonó tanto el deber en formular interrogantes significativos a tenor de las necesidades de la sociedad como la búsqueda de nuevas respuestas epistemológicas y analíticas en el nombre de una pretendida superioridad científica. En efecto, el conocimiento económico ortodoxo reiteró insistentemente axiomas y corolarios de manual y al margen del espacio y del tiempo histórico, despreciando, con honrosas excepciones, los fundamentos filosóficos que cimentaron la Economía y la propia memoria histórica sobre sí misma. Una ineludible tarea de introversión que, en palabras de R. Tolipan, es la única de sus disciplinas que se enfrenta permanentemente con el problema ontológico de su necesidad. Este prepotente olvido (o rechazo) a reconocer la fortaleza epistemológica y la musculatura teórica básica y aplicada de los hombros de los científicos sociales precedentes sobre los cuales se alzan los economistas actuales para ver más lejos que ellos se debe, según Fabián Estapé a una 'actitud simplista' que reafirma infantilmente lo indiscutible e incomparable del saber recientemente adquirido en relación al acumulado lenta y trabajosamente.

A pesar de la autoridad de algunos autores—como T.W. Hutchison—que consideran finiquitados los grandes pleitos metodológicos desde la personificación de la *Methodenstreit* en el pulso que mantuvieron Schmoller y Menger, lo cierto es que la confrontación entre aprioristas y empiristas, en términos generales, no alcanzó un status

satisfactorio en Economía convencional que evitara la estéril continuidad de controversias ancladas en duras dicotomías y en crueles dilemas cuando, en realidad, es una cuestión de jerarquía y gradación metodológica. Los alarmantes indicadores de la Gran Depresión y lo que supuso para la corriente ortodoxa de la disciplina (marcado desencanto académico ante el derrumbe de los principios heredados del clasicismo; creciente conciencia de incomunicación entre teoría y realidad; desarrollo de las técnicas cuantitativas que fomentó una investigación epidérmica de los fenómenos más relevantes de la sociedad...) confirman, de un modo u otro, la vigencia de la añeja controversia sobre el método. Un debate caracterizado, desde entonces, por la descalificación y la intolerancia y por una peligrosa tentación que impulsa a los economistas a transformar, como escribe L. Geymonat, los criterios científicos en principios dogmáticos e inmutables, ajenos a una realidad histórica en continua transformación.

El enfrentamiento y el rechazo a la *historia* obliga a los contendientes a dotar de aparente actualidad a cuestiones rancias y tópicas en la historia del pensamiento económico. Una de ellas es, sin duda, la separación entre apologetas de la Economía como análisis positivo y defensores del Economía como arte normativo, cuando, en realidad, es una pugna que alcanza a los partidarios de la escuela eleática de Parménides (el ser) y de la escuela iónica de Heráclito (lo que se debe lograr). Incluso Hegel, como nos indica Maurice Dobb, identificando “lo que es con lo que debe ser”, no alcanza la tregua de síntesis metodológica sino que, más bien, se trata de una propuesta resignada que solamente sirve para justificar el *status quo* vigente. No sorprende, por tanto, la ironía de Mario Bunge que considera la calidad de numerosos argumentos de la Economía convencional en el mismo nivel de una seudociencia como la astrología (compartiendo la opinión de André Gunder Frank) y de un progreso científico tan lento que, si fuera el caso de la Medicina, supondría explicar la génesis y desarrollo de los procesos cancerígenos con citas de Hipócrates como fuente de autoridad científica.

6. A modo de conclusión: la ataraxia del economista contemporáneo

En fin, estamos en pleno relato sobre la ataraxia del economista contemporáneo que se cree albacea de los principios heredados y se comporta como un personaje clásico que obliga a sus seguidores a que le

aten al mástil del conocimiento convencional para no sucumbir a los cantos heterodoxos de sirenas críticas. Y en esta reflexión Chicago es un andén académico de parada obligada y la obra de Milton Friedman un motivo de detenido análisis crítico. A los neoliberales más extremos se les debe la ambiciosa pretensión de resucitar a Kant y obligarle a firmar manuscritos económicos esbozados por Vaihinger, singular filósofo que defendía la virtud científica de las ficciones, tanto en cuanto fueran útiles para cuadrar un axioma en el balance de la contrastación: si un enunciado es útil en la argumentación, es también científicamente pertinente. No sólo Vaihinger pues por los claustros de Chicago dejaron su impronta positivista y pragmatista los magisterios de Dewey, Tufts o Carnap, una influencia que no fue ajena a Friedman y a sus conocidos ensayos metodológicos. En los mismos, la utilización de la cláusula del “como si...” emerge como el mecanismo más adecuado para el análisis del comportamiento de los agentes económicos.

No obstante, suponer que los agentes (procreando, educándose o matando) actúan “como si” estuviesen en el mercado violenta, por lo menos, la imaginación y atrapa con una sutil red a las posiciones teóricas discordantes en un callejón sin salida. En efecto, cuando Milton Friedman invoca a la imaginación e, incluso, al subconsciente del interlocutor (para recrear hipotéticas situaciones “como si...”) para explicar la conducta de los agentes económicos, en realidad Friedman está obligando a su interlocutor, mediante el “envenenamiento de las fuentes”, a desacreditar explicaciones inducidas por la experiencia histórica que se presentan como alternativas desde teorías oponentes. En este sentido, la Escuela de Chicago constituye, como foco de influencia intelectual, un sistema cerrado de pensamiento porque “irracionalmente, se puede imputar una racionalidad subconsciente a toda conducta humana”.

Uno de los temas cruciales en la investigación en Economía y, por extensión, en las ciencias sociales se configura cuando observamos que un determinado marco teórico seleccionado por el especialista representa, también, la posición política con que se obra. En este sentido, es indudable que el neoliberalismo es tributario del positivismo vulgar y del ultraempirismo. En la historia de la filosofía de la ciencia, una de las herencias más pesadas es la tendencia generalizada, en ámbitos convencionales de gran influencia internacional, en oscurecer categorías de investigación con la hábil superposición de un borroso filtro empirista.

De esta forma, se difuminan los contornos ideológicos del investigador a través de una progresiva sofisticación de las técnicas de medición de los fenómenos socioeconómicos que actúa como una trinchera en la que el economista, formado en la ortodoxia de los manuales, se siente a salvo y respaldado por un rigor y una precisión técnica que le absuelve de explicitar su posición política (moral, ideológica). Entonces, *¿hasta qué punto no podríamos considerar a la misma corriente filosófica que surgió contra el abuso científico de la escolástica, como una renovada orientación a colonizar el actual pensamiento social estableciendo rémoras adicionales a la investigación económica?*

Existe un caso conocido, y no por eso menos importante, que ilustra el sentido del anterior interrogante. En la medida en que se fortalece el espíritu positivista y se abandona el trabajo “impresionista” de la época de formación y consolidación de las más recientes disciplinas, se asiste a una paulatina escisión (en su versión economicista) entre dos conceptos, crecimiento y desarrollo, que, en realidad, notifican perspectivas de un mismo fenómeno. La teoría ortodoxa, en cambio, cultivó un silogismo viciado en que, tras la separación de perspectivas, llega a la equívoca noción del ‘desarrollo’ económico como un aumento gradual de una o varias macromagnitudes que son mensurables y relega otro conjunto de aspectos de calidad cuya evaluación es de difícil contrastación. De aquí a la consideración del crecimiento/desarrollo como una meta correspondiente al mundo de la predestinación sólo hay un paso. Suponer que al objetivo citado están abocados todos los países que imiten el modelo proporcionado por los países desarrollados y hegemónicos del sistema, implica, también, una visión paternalista de las sociedades periféricas que actúan como mecanos articulados al antojo de autoridades que pueden separar las piezas del conjunto, analizarlas por el investigador, ponerlas a punto de ‘despegue’ por el *policy maker* y jerarquizarlas mediante criterios que privilegian su mensurabilidad en el funcionamiento económico y social, visto globalmente y en detrimento de la calidad del crecimiento que se adopta como imagen objetivo.

En este sentido, podemos constatar la existencia en un pulso desigual en la colonización del pensamiento económico en aquellos países subdesarrollados que se someten a orientaciones científicas que implican, claro está, posiciones ideológicas. En efecto, el énfasis cuantificador del

positivismo anacrónico y del empirismo vulgar descarta del análisis una constelación de temas de gran interés cualitativo en función de otros, con frecuencia triviales, susceptibles de medición y que permiten un conocimiento fiable de algunos datos de la realidad que se pueden presentar como éxitos de una gestión político-económica y como aval justificativo para la continuación en la misma senda estratégica. Pero, en definitiva, ¿cuáles son los riesgos y los límites de esta opción? en otros términos, ¿cuáles son los principales condicionantes del proceso colonizador del pensamiento socioeconómico y, en general, de la investigación en ciencias sociales por parte de esta corriente positivista y ultraempírica en su versión vulgarizada que se difunde desde los centros de influencia intelectual?

Uno de los rasgos comunes de los científicos sociales de los países dependientes que no han podido liberarse de la influencia del hiperfactualismo es el culto acrítico a las técnicas importadas. Ello produce, en primer lugar, una selección de problemas que no atiende a la relevancia teórica o histórica de los mismos, ni tan siquiera a ciertos problemas materiales inmediatos, sino a la mera disponibilidad de instrumentos técnicos adecuados. En segundo lugar, los investigadores se transforman en una nueva élite formada en el seno de sociedades generalmente desvertebradas y con una gran diferenciación social.

En este sentido, se hacen acreedoras de la admiración intelectual y del apoyo político-económico, las posiciones heterodoxas y sus programas de acción que surgen de un medio colonizado que tiende al impersonalismo, a la objetividad científica disfrazada, al rechazo de la pasión y al compromiso, a la sacralización del orden y al olvido de las tensiones como objeto de estudio; un medio colonizado que se despreocupa de los correlatos profundos entre los resultados empíricos y sus significaciones, que condena cualquier posición teórica alternativa en nombre de la irrefutabilidad del dato, y que niega la diferencia, el conflicto, y la contradicción.